PACIFICO (RECONSTRUCTION OF THE PACIFIC OF THE PACI



## Aristocracias en Chile

Para "Pacifico Magazine"

"Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como pirámide puesta al revés; otros tuvieron principio de gente baja, y van señores".

Don Quijote, I parte, cap. XXI.

or =

## CARLOS SILVA VILDOSOLA

Entre las enfermedades del alma chilena—
¡oh! una bien pequeña y más digna de burla
que de severa censura—podría un buen médico
de las dolencias sociales describir y diagnosticar el afán de crerse aristocráticos y de
hacerse pasar por tales que trabaja a algunos
de nuestros compatriotas.

Un siglo de República y la conciencia bien clara de que no es posible que nuestro remoto país, colonia pobrísima, fuera poblado principalmente por grandes de España, no han logrado desvanecer esta prestigiosa ilusión en que tantas gentes viven en Chile de que descienden de nobles y llevan en el solo hecho de su origen, en el de llamarse Tales o Cuales, un título a la consideración pública y una razón de superioridad sobre los demás seres que pueblan la tierra.

Enfermedad es ésta heredada de España, país monárquico, donde aún hoy, a pesar de revoluciones y evoluciones, todavía las gentes, al menos muchas gentes, se deslumbraz con los títulos nobiliarios y creen que las estropeadas, decaídas y rotosas aristocracias de este siglo XX. tienen un valor y una fuerza social semejante a la que tuvieron en el pasado.

Ni es exclusiva de nuestra naciente y mal definida democracia, porque sus síntomas aparecen aún más claros que entre nosotros en diversos países de la América Española y mucho más aún en los Estados Unidos, donde no son raros los reyes del acero, del petróleo, de las salchichas o del fierro galvanizado que se procuran entronques con familias inglesas, nobles unas veces, y otras descendientes de caballeros rurales, de clásicos esquires dueños de tierras, y acaso con una Real Cédula que los consagró Knights y les dió derecho a llamarse Sir.

No todo en esta manía es merecedor de burla, porque en muchos casos no es sino la manifestación de un honrado deseo de crearse una tradición de familia, cosa que en ambas Américas hace falta y puede ser causa de mayor robustez en los lazos que para bien de lo sociedad deben unir a unas generaciones con las otras.

En América es lo común que la tercera generación no sepa ya cosa alguna del que fundó la familia. Al venir de España nuestros antepasados cortaban todo vínculo con los que quedaban allá, que algunos quedarían, ya que no es de suponer que se vinieran siempre grupos de familias completas, con padres, hijos, nietos, primos, sobrinos, tíos y demás parentela. No sé de familia alguna en Chile en cuyo poder existan cartas u otros vestigios de haberse comunicado los primeros que fueron a América con los que dejaban en la patria grande. Parece como que el que partía para América desaparecía del mundo de los vivientes para los deudos que quedaban en la metrópoli.

Y esta falta de comunicación y este cortarse bruscamente todos los lazos haría sospechar que algunas se venían sin muchos deseos de que en España volvieran a tener noticias suyas, o que no era tan excelso lo que en su patria dejaban que valiera la pena de mantener un hilo de relaciones.

Mark Twain, el célebre humorista americano, dice que sus investigaciones genealógicas lo llevaron a la conclusión de que el primero de su unaje que fué a América, hizo el viaje con Cristóbal Colón, "como pasajero", y añade que llevaba como equipaje un pañuelo de colores que contenía cuatro calcetines desparejados y un cuello de goma-De ésto cree derivar el convencimiento de que no hay en los Estados Unidos familia más antigua que la suya, y tiene muchísima

No hay, pues, daño, sino mucho provecho, en que las gentes procuren crearse una tradición y mantenerla en estos países en que todo se corta todo se disuelve, todo se muda, en que las casas se venden y derriban, en que son tan raros los que logran conservar una propiedad por más de dos generaciones.

Y es La Casa, la materialidad del edificio bajo cuyo techo nacen unas generaciones tras de las otras y que es como símbolo vivo de la continuidad de la familia, impregnado en sus muros de afectos, dolores, alegrías y altos y bajos sucesos, lo que en las viejas nacionalidades europeas, sin exceptuar los campesinos suizos tan sinceramente demócratas, da la sensación de la familia que se prolonga en el tiempo hacia el pasado y hacia el porvenir como una entidad definida y un or ganismo autónomo.

A medida que el país ha ido entrando en el reposo de los años y en caminos de más alta cultura, se despierta en Chile este deseo de algo estable v se busca en cada familia el origen de la tribu. ¿De donde venimos? ¿Qué hacía y qué era el abuelo remoto que vino de España?

Son preguntas no siempre fáciles de contestar. En Europa, donde tan común es que una familia no haya salido de su pueblo o aldea en varios siglos, suelen hallarse gentes rouv modestas que tienen su genealogía completas, sin un solo vacío, por más de trescientos años. ¿Pero quién se echa a buscar las ascendencias y descendencias de aquellos aventureros españoles que salían de su tierra

sin papeles, que vagaban a veces durante años enteros de un reino a otro antes de fijarse en alguno, y que, por fin, vivían en despoblados donde apenas si conseguían un cura medio indómito que les hiciese cristianos a los hijos sin cuidarse mucho de los registros parroquiales? La leyenda del cura Monardes que cuando le faltaba papel de fumar solía liar cigarrillos con las partidas de bautismo, que, escritas en hojas sueltas, iba echando metódicamente en un saco triguero, no es tan fantástica para él que alguna vez haya buscado actas de nacimientos o matrimonios o muertes en esos registros anteriores a la mitad del siglo pasado.

Pero lo malo no está en que las gentes se hagan una tradición, que eso es propio de la familia bien constituída y crea afectos que ennoblecen, sino en que hay algunas que se empeñan en hacer una parodia de aristocracia nobiliaria es un país que no tiene en su historia sino la posibilidad de probar que su raza es más pura que la de otros de América, que no sufrió tanta mezcla de indios y tuvo poquísima de negros, y que fué desde la Independencia y aún antes de ella una nación decente.

Decía un escritor español de mucho ingenio, después de haber visitado a Chile, que en ese país existe la mejor aristocracia que se conoce en el mundo, porque es la única aristocracia de voluntad que se hava organizado jamás. "Llegaron allí, decía, a mediados del siglo XVIII unas cuantas familias vascongadas que se llamaban con nombres con muchas erres, y cuando se vieron en la colonia pobrecita y olvidada, v comprendieron que ellos eran más fuertes, más emprendedores, mejores comerciantes y más hábiles agricultores que los demás españoles va establecidos en el país, no tardaron en decirse entre ellos: "Nosotros somos vascos, somos lo de los fueros de Vizcaya y el árbol de Guernica, por lo tanto nosotros somos aquí la aristocracia". Y así-terminaba diciendo el maligno escritor-se constituveron en aristocracia no por obsequio del Rey, ni por herencia de sus abuelos, sino por su propia v enérgica voluntad."

No cabe poner en duda que el origen vascongado y más precisamente vizcaíno, de un gran número de viejas familias chilenas, ex plica las tendencias aristocráticas. En Vizcaya todos son nobles. Por modesta que sea la

condición de una familia, por decaída y maltratada que se halle, tiene su escudo, sus papeles y una Torre, que así se llaman allí las casas de campo, que lleva o ha llevado su nombre como cierta indicación de que sus antepasados fueron señores de la tierra.

"Ser hidalgo vizcaíno—me decía una noble señora española, que por cierto era de aquellas tierras—es mucho más que tener título; los títulos los daban y los dan los reyes por favores y no siempre por verdaderos servicios a la nación; mientras que nosotros tenemos nuestra sangre limpia de tantos siglos y hemos servido a España en todos los tiempos." Y en su escudo había un arbol seco "símbolo de la ingratitud real" y recuerdo de no sé qué cuestiones que alguno de los suyos tuvo allá por el siglo XIV o XV con un desgraciado soberano español.

No hurtamos, pues, los vizcaínos de Chile el orgullo de raza, el creernos superiores y la afición a los pergaminos, escudos, títulos y otras zarandajas aristocráticas.

A veces esta preocupación de la nobleza llega a convertirse en una verdadera manía bien determinada y perturba la actividad del paciente que ya no tiene voluntad ni entendimiento para otra cosa que para buscar genealogías. Pero los casos de esta especie son raros en Chile.

No he de olvidar ni lo habrán olvidado otros de mi generación a un joven de raro talento y exquisita cultura literaria que dejó algunos libros y entre ellos uno de versos, en el cual hay sonetos de robusta forma castiza y noble entonación: don Luis Luco y Valdés. Cuantos le conocieron saben que no hubo más perfecto caballero, ni hombre más bondadoso, ni amigo más leal.

La manía genealógica lo dominaba en absoluto y esterilizaba sus facultades que harbieran podido emplearse en trabajos literarios con mayor provecho para él y para las letras nacionales. Había averiguado sus apellidos hasta no sé cuántas generaciones y, por cierto, que pertenecía, tanto por la línea paterna como por la materna, a dos de las familias más antiguas e ilustres del país. Un día me dijo que, en realidad, si él firmara con todos sus apellidos tales como deberían ser, se llamaría Luis Alberto Martínez de Lugo de Aragón y Menéndez Valdés de Cornellana y León de la Barra.

Entre sus poesías hay un soneto que expre-

sa admirablemente el estado de su alma perdida en las nubes de la heráldica. Comienza así:

En el ayer mi espíritu anegado, no acierto a comprender la edad presente, de cuanto me rodea vivo ausente, mi corazón entero es del pasado.

Y así era, en efecto. Pasó por la vida sufriendo muchas tristezas, en un contraste doloroso entre sus sueños de grandeza nobiliaria y las crueles realidades de su existencia. Cuando murió, joven aún y profundamente desgraciado, un amigo suyo, que también cultivaba el mismo género, comenzaba su necrología en "El Ferrocarril" con estas palabras: "Acaba de extinguírse por la línea de varón la nobilísima casa de los Martínez de Lugo de Aragón, cuya grandeza semi-real llena páginas de oro en la historia de la colonia..."

Los que conocíamos la asendearada vida de nuestro amigo, sentimos toda la amargura involuntaria de aquellas palabras sobre una tumba que guardaba tantos dolores.

Aquel era un apasionado, un lírico. Otros toman esto como una sección de la historia y entre ellos hay quienes hacen ahora mismo en Chile labor meritísima de investigaciones en extremo curiosas. Pero los ha habido en Chile y los hay en España, en Inglaterra y otros países que explotan las genealogías como un comercio y hacen dinero satisfaciendo la vanidad de unos cuantos.

En Londres hay oficinas especiales organizadas para procurar a los americanos entronques ilustres. Una tarifa bien graduada permite descender de un simple esquire, de un caballeros, de un conde y hasta de un duque si el interesado puede pagarse este lujo. La fabricación de retratos de familia para el uso de los así ennoblecidos es una de las fuentes de recursos de algunos jóvenes pintores de talento. Hay quien se especializa en los Van Dyck, quien produce Gainsborough y quien hace de prisa y corriendo, entre un correo y otro, un claro-obscuro que en Oklahoma o en Denver (Colorado) puede sin peligro alguno ser "atribuído a Rembrandt".

Existe en España la misma profesión de buscador de noblezas y en Chile hubo años ha un extranjero que ganó algunos cuartos con trabajos de este género que no alcanzaban mucho crédito entre los conocedores, pero que los interesados pagaban a buen precio. Es en Europa donde los americanos del norte y del sur tocados de la manía nobiliaria acaban de desequilibrarse y hacen toda suerte de desatinos.

Luego de haber llegado y sentido despertarse su sangre azul, cambian de nombre y el que menos se añade una partícula entre el de pila y el de familia, y el que puede exhuma alguna antigua forma de este último, arcaica y desusada, y se acomoda con ella un nombre de aire aristocrático.

Más de quince años estudiaba en una de las capitales europeas un joven chileno, persona de entendimiento claro y que gozaba fama de gran trabajador intelectual. Por desgracia, se le entró en el cerebro el gusanillo de la pretensión aristocrática y comenzó a consagrar sus mejores días al examen de papeles heráldicos, con lo que perdió su tiempo y paró en un 'majadero inofensivo. Se llamaba, digamos, Alfredo Perales Gallegos (su verdadero es el de una respetabilísima familia chilena) y un día que fuí a verlo a su hotel hallé que había hecho inscribir en la lista este nombre: don Alfredo de Perales y Casa Gallegos.

La preposición de tiene una atracción fascinadora. Hasta la costumbre española y chilena de que las mujeres casadas se llamen de Tal o de Cual, sirve para que muchas se den aire aristocrático escribiendo en sus tarjetas Madame de Tal.

Con todo ésto no se engaña a nadie, pero se goza como los niños con sus juegos cuando fingen que son soldados o madres de familia o bandidos, y saben que no lo son, pero son felices con la ilusión de creerse tales y de imaginar que otros los creen.

Hay personas que han llegado a especializarse en el arte de tener relaciones con gentes que usan un título y rara vez se les encuentra en su casa sin que tengan a la mano un conde, una marquesa, un barón o una vizcondesa. Naturalmente, los títulos de fácil acceso para los sud-americanos no son ni los más ilustres ni los que se llevan con más dignidad y legítima nobleza; pero lo que se necesita es tener títulos en casa y poder presentarlos a los compatriotas para que se pangan verdes de envidia.

En un balneario encontré a una señora sudamericana, matrona dignísima, adornada de todas los más altas virtudes de nuestras damas y además tan joven y hermosa que parecía la hermana mayor de sus hijos e hijas. Tenía toda una corte de marquesas francesas, princesas rusas, condesas rumanas o búlgaras y baronesas alemanas, de estas que vagau por las estaciones climatéricas de invierno y de verano, viviendo casi siempre de expedientes, unas del juego, otras de lo que entre nosotros se llama el sable, y hasta más de una de un discreto comercio de sus encantos.

Y aquella excelente compatriota prefería la sociedad de una turba de aventureras, cuyos títulos no habrían resistido a un examen muy minucioso y cuyas vidas la hubieran avergonzado si hubiera sido capaz de darse cuenta de ellas, a la de honradas gentes sin título, pero con vergüenza.

Hay ciudades cosmopolitas, como algunas de la Riviera y como Roma, donde flota una nata de estas gentes tituladas dispuestas siempre a aceptar invitaciones de extranjeros que están allí de paso y que quieren darse la satisfacción de hacer publicar en los periódicos, por su justo precio, naturalmente, que dieron una comida en algún gran hotel a una sarta de condes y marquesas, y hasta duques y príncipes.

Muchas de estas relaciones con supuestos o verdaderos nobles de tal categoría se compran en forma indirecta, porque no son raros los casos en que el primero que ha introducido al sud-americano rico en la sociedad de esta nobleza maladante le cobra sus servicios en un préstamo de dinero sin cargo de devolución.

No se crea por esto que proceden de esa manera todas las gentes que poseen un título, porque en esa como en todas las condiciones sociales hav gentes respetables y otras que no lo son, y de ordinario los verdaderos nobles son de muy difícil acceso para los extranjeros y rara vez salen de la compañía de sus iguales o de un círculo que conocen des\_ de muchos años, no por orgullo, sino por legítima desconfianza de las asambleas cosmopolitas y abigarradas. Lo que rueda por ahí son títulos de los que se compran o se compraban principalmente al Papa, grandes nombres caídos en gentes empobrecidas y degeneradas, o simples títulos de pega de los que algunas personas adoptan de propia autoridad.

Todo el mundo ha oído hablar del Barón Haussmann, el célebre Prefecto del Sena, bajo el Segundo Imperio, a quien se le debe la transformación de París. En sus memorias cuenta que jamás tuvo derecho a ese título de Barón, pero que se lo agregó porque allá por el siglo XVII, si mal no recuerdo, uno del mismo apellido había sido Barón alemán; y añade con mucha verdad, pensando en los eminentes servicios que prestó a su país, que si Napoleón III hubiera pensado en ello lo creara príncipe; pero, como ha dicho un comentador, toca la casualidad que el Emperador no pensó.

Hasta tal punto penetra el ánimo de algunas personas la manía aristocrática que una distinguida dama chilena, verdaderamente noble por sus virtudes, que, sin duda, habrán hallado en el otro mundo mejor recompensa que en éste, se creía con derecho al trono de España, y cuando en el Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla le mostraron la efigie de un Rey medioeval, prorrumpió en maldiciones contra aquel remoto personaje que, según decía, había inicuamente despojado del manto real a su familia. Y éste no es cuento, sino historia que me refirió el caballero español que la guiaba en el Alcázar.

Derivación de esta enfermedad de las pretensiones nobiliarias es la afición a las coudecoraciones que comienza a desarrollarse en Chile, al amparo de la medalla que en mala hora creó nuestro Gobierno a insinuación de los oficiales alemanes que instruyeron a nuestro Ejército.

He oído a funcionarios diplomáticos chilenos, digamos sin tardanza que no eran de muy alta categoría, discutir la conveniencia de que el Gobierno de Chile creara una Orden que

pudiera distribuirse aún a civiles, ya que la medalla nuestra parecía reservada a militares. Y daban esta razón: que sin la reciprocidad no podían nuestros Ministros, secretarios y adictos obtener condecoraciones extranjeras y el uniforme parecía muy mal sin esos adornos. Lo que a cualquiera persona de buen sentido le sugiere la idea, que algún día se adoptará, de suprimir el uniforme, resto arcaico y ridículo de otros tiempos y otras instituciones, que jamás adoptaron los Estados Unidos sin que por ésto sean sus diplomáticos tenidos en menos.

Pero ya se da a civiles la condecoración chilena, y, o mucho me equivoco, o ha comenzado el tráfico ordenado y usual de nuestra medalla como se hace con todas las otras: un funcionario obtiene la de su país para un co lega y este corresponde gestionado la del suyo. Digo ésto porque se comienza a prodigar la "Medalla al Mérito", mucho más de lo que fué el propósito de los que la crearon. Y aún es mejor que así sea, porque llegará a desprestigiarse de tal manera que pasará con ella lo que con otros de Sud-América, que muchos que las reciben no se atreven a usarlas.

Largo trecho tendrá aún que caminar la humanidad antes de que desaparezcan estos resabios de otras edades, estas formas, casi siempre inofensivas, que toma la vanidad humana, y al parecer y aparentar seguir siendo un juego que en la infancia convierte a los niños en soldados y a las chicas en madres de sus muñecas, y en la edad madura hace a unos imaginar que vienen de muy alto y a otros que van hacia la grandeza.

